

Alfonso Reyes

Si se consultan los suplementos literarios de hace seis u ocho lustros es raro entender en ellos el afán conmemorativo con que nos están acostumbando los periódicos en la última década. ¿Se ocupaban los hombres de postguerras de asuntos inmediatos? ¿Eran más urgentes la realidad y sus asuntos, que el artificio de recordar el pasado? De seguro los difuntos de entonces merecían el recuerdo o estaban tan presentes que carecían de esta necesidad de festejarles cada vez que nacen, mueren, publican o participan en un acontecimiento histórico. Los años cincuenta ocuparon a los sobrevivientes en el diseño de nuevos rumbos y concepciones a fin de curar las heridas o justificar actos atroces o resaltar las acciones heroicas. Recorriendo esas páginas da uno con una variedad de temas y piezas literarias que pretenden mostrar al lector cómo el espíritu de Occidente seguía vivo más allá de las masacres y el infierno. Cronistas, como Baldomero Sanín Cano o Enrique Gómez Carrillo preferían hablar del presente y sus actores que de los asuntos del pasado, y si acudían a ellos era para relacionarlos con alguna necesidad del momento. Uno de los asuntos más inmediatos, para los latinoamericanos, fue el énfasis en que nuestra personalidad estaba definida desde la aparición del Modernismo y los poetas insistían en cantos donde nuestra manera de ser repudiaba la falsificación de la historia, revelando los hechos que nos habían definido mejor frente a los racismos y las fuerzas imperiales. Esos fueron los años del *Ateneo* de México, de la *Semana de Arte Moderno* de Sao Paulo, de la publicación de *Sur* en Buenos Aires, y los *Cuadernos Americanos* en México, etc.

Ahora, en estos años atroces el recuerdo de los muertos sirve para no discutir el presente y menos, para formular interrogantes o soluciones a esta realidad dantesta que nos quema. La fugaz vida de los hombres célebres sirve hoy para crear una suerte de decorados y coreografías donde refocilarse declamando las materias más deleznable de que están hechas sus obras. Eso ha sucedido con las lánguidas celebraciones de las obras de Silva, Pound, Eliot, Darío, Kavafis o Pessoa. Nada sobre su tiempo, más de vender jarabe o analgésicos. Y otro tanto con la televisión y la radio. Todo se ha convertido en un espectáculo que sirve al gesticulador para encaramarse en una tarima, pagada por el público, de donde nunca, gracias a la habilidad y especialidad celebratoria, podremos verle

descender. Incluso instituciones dedicadas en exclusivo a los necrofestivales están en boga. El ritual de la muerte, la visita al cementerio es el signo de la hora.

Alfonso Reyes (Monterrey, 1899-1959) es uno de esos latinoamericanos que junto a Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos y Gilberto Freyre cambiaron la historia de nuestras literaturas y para siempre la interpretación del pasado. Sin embargo, habiendo sido celebrados en los años de su existencia, poco ha sido difundido su magisterio. Un nuevo desprecio por nosotros mismos ha invadido, desde los años de la Guerra Fría, los curricula escolares. Otra vez la enseñanza está viciada por alienantes especulaciones. La importación de espejismos para desechar el presente ha invadido los enfoques y diseños para la enseñanza de la literatura. Las teorías y los arquetipos interpretativos mas extravagantes son los corsés de fierro que los maestros imponen a los estudiantes en los cursos. Volver sobre las enseñanzas de Reyes, para rectificar los errátiles rumbos del presente, es una necesidad y la posible cura de la peste teorizante. La obra del mexicano, en su varia y abundante lección, debe ser el paradigma a seguir.

Iniciado, más por necesidad que por elección en los estudios de la Grecia clásica, Reyes y sus amigos encontraron en las tradiciones de una Hélade agonista la serenidad —que no habiendo existido— les permitía inventar utopías desde las tesis de Nietzsche sobre las contradicciones entre el espíritu dionisiaco y el apolíneo. La erudición y la hipótesis sobre esos tiempos estaba en boga. Los textos de Wilamowitz, las traducciones de Murray, las interpretaciones de Jane Harrison, las investigaciones sobre la *Odisea* de Victor Bérard y la influencia de Atenas sobre el mundo florentino, de Maurras, fueron los acicates. Henríquez Ureña¹ sostiene que *de aquella Hélade viviente nos nutrimos. Aquel alimento vivo se convertiría en sangre nuestra; y el mito de Dionisios, el de Prometeo, la leyenda de la casa de Argos, nos servirían para verter en ellos concepciones nuestras.* Una Grecia que no era ni la de los clasisistas o los parnasianos, empeñados en la resurrección de los Signos de Marte, con sus atrocidades guerreras y el desprecio por la vida. La Grecia de Reyes y los hombres del Ateneo iba a ser otra, como se vería en *Ifigenia cruel*(1924).

No obstante su fascinación por la cultura grecolatina el texto que gestó su prestigio fue sobre el pasado mexicano: *Visión de Anahuac*, publicada en Costa Rica en 1917, un poema sobre el valle y la antigua capital de los Aztecas a través de los ojos de quienes los conquistaron, cuando los españoles se asomaron «sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores», «a la región más transparente del aire».

Durante los primeros años del siglo, Reyes fue fortaleciendo su convicción de que América era un continente dueño de una historia que se expresaba en los escritos de sus intelectuales y artistas. Desde los días del

¹ Alfonso Reyes, en *Obra crítica*. México, 1960, pg. 294.

Ateneo (1910), cuando ofreció seis conferencias, cuatro de ellas dedicadas a autores mexicanos, indagó en las obras más destacadas y en la historia de los países donde se habían producido, pero fue en España y en Francia, lejos de México, donde maduró sus ideas. El comercio con Grecia y Roma le llevó a la comparación de las circunstancias de América Latina y siguiendo las huellas de Rodó fue encontrando explicaciones a la «barbarie» de que éramos acusados por algunos europeos, entre ellos Hegel, quien en sus *Lecciones sobre la filosofía de la Historia* (1837), si bien afirmó que éramos el país del futuro no dejó de pensar que nuestra naturaleza y fauna eran débiles y nosotros mismos serviles e incapaces.

Al lado de sus estudios sobre el Cid, el Arcipreste, Calderón, Lope, Quevedo o Gracián se interesó con fervor por la obra de Juan Ruiz de Alarcón a quien calificó de «primer mexicano universal». En *Visión de Anáhuac*, con materiales sacados de las relaciones de Cortés y Díaz del Castillo y casi con aquellos ojos que veían las maravillas que querían hacer creer a sus emperadores, evoca el pasado restaurando ese halo de misterio gracias a un ordenamiento de los elementos mediante los destellos de su estilo, donde sentimos de inmediato los efectos de la transmutación de la historia en cosa viva, en las brazas de un alma habitada por la grandeza y el dolor que deparan las tragedias sociales. «La *Visión de Anáhuac* —escribió en agosto de 1922 a Antonio Mediz Bolio— puede considerarse como un primer capítulo de esta obra [En busca del alma nacional] en la que no procuraría extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica: buscar el pulso de la patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece instensificado; pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual, descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra, interrogando en todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos. Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario, porque de lo real y lo imaginario está tramada la vida».

Reyes no fue nunca un helenista, como tampoco lo fueron muchos de los modernistas. El frío rigor de los exégetas y arqueólogos nunca invadió sus escritos que son, ante las investigaciones de Jaeger, Finley, Festugièr o Guthrie, apenas noticias o comentarios. Sus inquisiciones tampoco fueron directas y en no pocas ocasiones subsanó sus ignorancias con la imaginación. Más que pretender acercamientos a los que habría sido la cultura en Grecia y Roma, Reyes eligió de entre ellas lo que había descubierto sería *lo suyo*, y con esa conciencia redactó el que es su mejor poema: *Ifigenia cruel*.

«Parodia», «máscara» o «espejo» de la actitud que asumió Alfonso Reyes ante el asesinato de su padre en 1913 mientras éste trataba de restaurar el Porfiriato contra el gobierno revolucionario de Madero y su posterior actitud de negarse a participar en acto retaliatorio alguno, incluso a saber el nombre del asesino, exiliándose voluntariamente por mu-

chos años, *Ifigenia cruel* es también una interpretación particular de la historia trágica de la hija de Agamemnon y Clitemnestra, hermana de Orestes, Electra y Crisotemis; una metáfora de lo femenino y una poética reflexión sobre la libertad.

En la antigua versión del mito, *Ifigenia en Táuride*, de Eurípides, cuando la nave de Agamemnon está en Aulide, Ifigenia es llamada por su padre bajo el pretexto de casarla con Odiseo pero su propósito es ofrendarla a Artemisa, que a cambio de su muerte dará viento a las naves para partir hacia Troya. Cuando está bajo el cuchillo de Calcas, la diosa pone en su lugar una cierva y la lleva a Táuride, donde preside los sacrificios de todo griego que llegue hasta allí. En la versión de Reyes, Ifigenia ignora su pasado y cómo ha llegado a Táuride. Desea recordar pues se siente diferente a las otras criaturas, pero al enterarse, con el retorno de la memoria, que pertenece a una raza ensangrentada y perseguida por la maldición de las divinidades, siente asco de sí. Entonces elige seguir siendo una carnicera y destazadora de víctimas sagradas como único medio para romper las cadenas que la atan a la fatalidad. Así, como dice Reyes en las notas que puso a la primera edición, *poco a poco, la antigua fábula se fue desvistiendo de sus atavíos inútiles, y se redujo a un poema sin arqueología, una metáfora universal del exilio, una «alegoría moral»*. Para Octavio Paz², Reyes parece insinuar que para ser es menester reconocer la existencia de los otros: *Ifigenia decide quedarse en Táuride para cambiar en un instante vertiginoso todo el curso de la fatalidad. Por este acto reniega de la memoria que acaba de recobrar, dice no al destino, a la familia y al origen, a la ley del suelo y de la sangre. Esa negación engendra una nueva afirmación de sí. Al negarse, se elige. Y este acto, libre entre todos, afirmación de la soberanía del hombre, encarnación fulgurante de la libertad, es un segundo nacimiento*.

El ensayo, «centauro de los géneros donde hay de todo y cabe todo», permitió a Reyes establecer fronteras y ampliar horizontes acudiendo a la historia y la sociología en una búsqueda interminable por definir y definirse. Nunca quiso especializarse en materia alguna y veía en ello una limitación que no podíamos permitirnos los latinoamericanos. «El especialista —dijo— podrá considerarnos acaso con alguna conmiseración, como nosotros a él, por nuestra parte». Su curiosidad lo llevó a todos los paisajes, a todos los géneros y fue orador, crítico, periodista, novelista, cuentista y poeta. De esa manera fundó la crítica cinematográfica entre nosotros, fue uno de los primeros en considerar la novela policial como género y dedicó a la radio numerosos ensayos. A Reyes se debe la revalorización de Fray Servando Teresa de Mier, Amado Nervo, Justo Sierra, Othón, etc., y conoció en profundidad los sistemas filosóficos más importantes de su tiempo sin llegar a confinarse en alguno.

Su preocupación fundamental, expuesta en libros como *Ultima Tule*

² *El jinere del aire*, en *Puertas al campo*, México, 1966, págs., 52-53.

(1942), *La experiencia literaria* (1942), *Tentativas y orientaciones* (1944), *Letras de la Nueva España* (1948) o *La X en la frente* (1952), fue sin duda la incorporación de nuestra cultura al ámbito universal postulando la necesidad de una «voluntad de concierto en un orden que no excluyera la singularidad de sus partes». Expuso constantemente las peculiaridades de ella en su estructura social, las características de nuestra manera de ver el mundo y las circunstancias históricas que nos apartan y acercan al resto de la humanidad. En sus ensayos las figuras típicas de nuestros pueblos, las plantas, los insectos, las aves y la geografía fueron los símbolos vivientes con las que expresó sus ideas y concepciones. Pensaba en imágenes, como los pueblos no contaminados por el logos. Y fue un ex-céptico, como Sanín Cano, Borges, Henríquez Ureña, Haroldo de Campos y tantos otros latinoamericanos que no rindieron un culto acrítico a la cultura occidental. *No fue un hombre de partido, —dice Paz³— no lo fascinó el número ni la fuerza: no creyó en los jefes; no publicó adhesiones ruidosas; no renegó de su pasado, de su pensamiento y de su obra; no se confesó; no practicó la «autocrítica», no se convirtió. Y así, sus indecisiones y hasta sus debilidades —porque las tuvo— se convirtieron en fortaleza y alimentaron su libertad. Este hombre tolerante y afable vivió y murió como un heterodoxo, fuera de todas las iglesias y partidos.*

Harold Alvarado Tenorio
Universidad Nacional de Colombia
Bogotá (Colombia)

³ Ibidem, pg. 56.